

# La construcción del Museo Tamayo "es un extraordinario ejemplo", dice el pintor

Ante el presidente José López Portillo, miembros del gabinete y representantes del Grupo Industrial Alfa y de la Fundación Cultural Televisa, durante la inauguración del museo que lleva su nombre, el pintor Rufino Tamayo afirmó ayer que "la iniciativa privada sienta un extraordinario ejemplo" con la construcción y el financiamiento de esa obra, y expresó que esperaba, a partir de ese momento, que "queden liquidadas para siempre la envidia y la mala fe que han impedido por largo tiempo la realización de este mi proyecto".

Tamayo explicó después, en una entrevista, que el presidente Luis Echeverría le había prometido edificar el museo, "pero no cumplió". Poco antes de ingresar al recinto para recorrerlo en compañía del Presidente de la República, dijo que "ojalá cuando el pueblo trasponga esta puerta deje afuera la pesada carga y los prejuicios de la demagogia".

Por su parte, López Portillo elogió "la generosidad del maestro y su cuidado, su amor a la forma y al color", resaltó "la extraordinaria calidad del edificio" y el valor de las piezas expuestas, "que sin duda van a ser un gran apoyo a la formación cultural del pueblo de México". El Presidente habló brevemente a los reporteros después de conocer el museo.

La presidenta del patronato de la institución, Margarita Garza Sada de Fernández, antecedió en el uso de la palabra a Tamayo, en la ceremonia oficial, y dijo que el museo "es el resultado de la conjunción y la unidad de esfuerzos entre gobierno, empresas y artistas", antes de agradecer a López Portillo "su colaboración y la participación de diversas secretarías de Estado" para llevar a cabo la obra.

La señora Garza Sada hizo público reconocimiento "a Televisa y al Grupo Industrial Alfa por haber hecho posible esta gran empresa cultural" y subrayó "la magnánima generosidad de Olga y Rufino Tamayo que, al donar al país su valiosa colección de esculturas y pinturas contemporáneas, reafirman su gran calidad de mexicanos".

Tamayo y la señora Garza Sada flanquearon en el presidium a López Portillo, quien estuvo acompañado por el ex presidente Miguel Alemán Valdés, los secretarios de Educación Pública, Fernando Solana y de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, Pedro Ramírez Vázquez, el regente Carlos Hank González, los empresarios Bernardo Garza Sada, Rómulo O'Farrill junior, José Barroso Chávez, Juan Morales Doria, José Luis Barroso Montul, Emilio Azcárraga Milmo, Agustín Legorreta Chauvet, Antonio Gutiérrez Prieto, Miguel Alemán Velasco, Amparo Espinoza de Serrao y la señora Olga Tamayo.

En su intervención improvisada, Tamayo dijo: "Yo espero que el pueblo de México deje atrás el prejuicio de que la realización artística debe ser orientada en una sola dirección", aludiendo así a su antigua polémica con Rivera, Orozco y Siqueiros. Esta colección, añadió, "va a demostrar que bajo el signo de la libertad es posible que el arte se encauce por muchos caminos y que esos caminos se multipliquen a medida que el mundo se desenvuelve".

Al agradecer a López Portillo el apoyo que le brindó, Tamayo recordó que "desde un principio" el presidente le manifestó simpatía, y la prueba, le dijo, "es que usted hizo que se me hiciera la concesión del terreno", en el Bosque de Chapultepec. Tamayo

se refirió entonces a Hank González y a Ramírez Vázquez, con palabras de reconocimiento por su participación.

Al advertir que, pese al respaldo oficial, el museo no hubiera sido posible "sin la espontánea y generosa ayuda económica de la iniciativa privada", dijo que esta "sienta un extraordinario ejemplo, que ojalá sea seguido por otras instituciones y por personas, en lo particular, que tienen poder económico". "Ojalá que eso suceda —insistió— porque entonces estaremos seguros de tener un acervo cultural de gran importancia".

Cerca del final de su alocución, Tamayo aseguró que hace 50 años, "cuando empecé a tener seguridad de que mi obra tenía alcance internacional y de que éste se traduciera en bienestar económico, quise compartir ese bienestar, ganado a fuerza de mi limpio trabajo, con mi pueblo" y concluyó anunciando que había hallado la forma de compartirlo mediante la donación de las piezas del museo, "que mi esposa y yo entregamos al pueblo con todo nuestro amor".



Fernando Gamboa y Rufino Tamayo.

## El museo no competirá con el de Arte Moderno; "el Estado no monopoliza la cultura": Bremer

La creación del Museo Rufino Tamayo no fomentará ninguna competencia con el Museo de Arte Moderno —subvencionado por el gobierno federal—, ya que en el país "el Estado no ejerce un monopolio sobre la cultura", declaró ayer Juan José Bremer, director general del Instituto Nacional de Bellas Artes, quien calificó la presencia del nuevo museo ideado por el controvertido pintor oaxaqueño como "un hecho indiscutiblemente positivo".

Entrevistado durante la inauguración del Museo Tamayo, el licenciado Bremer asentó que es deseable que las instituciones públicas y las organizaciones privadas participen en el desarrollo y el impulso de la cultura porque, dijo, "estoy convencido de que el desarrollo cultural en México es plural, y debe seguir siéndolo".

El Estado no ejerce un monopolio en el campo de la cultura, recalcó posteriormente, "pero tiene, conserva y aumenta cada vez más una gran iniciativa en cuanto a la educación artística, a la difusión de la cultura y la promoción de las artes".

La existencia del Museo Tamayo, dirigió por quien fuera hasta hace poco director del

Museo de Arte Moderno: Fernando Gamboa, no da lugar a que se presente una "competencia" entre ambas instituciones, aseguró Juan José Bremer, "porque en primer lugar se debe partir del hecho de que somos un país que vive de economía mixta y vivimos un pluralismo cultural".

Los proyectos culturales, añadió, ya sean de orden público o privado, "deben tener como requisito la excelencia, el profesionalismo, la calidad y la seriedad". No se debe olvidar, puntualizó el titular del INBA en la explanada del Museo Tamayo, que la cultura se surte de la iniciativa de los artistas en lo individual y colectivamente, de asociaciones, organizaciones, tendencias y corrientes. "Cuando me refiero a instituciones públicas —aclaró— no quiero indicar únicamente las iniciativas del Estado, sino también las de las universidades o de los organismos sindicales".

Por su parte, el doctor Jorge Manrique, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, quien ha sido nombrado como uno de los posibles aspirantes a la dirección del

Museo de Arte Moderno, aseguró a este diario que la iniciativa privada (que financió el proyecto de Rufino Tamayo) "está entrando por primera vez en el campo de la promoción de las artes, al que no había accedido antes, entre otras razones por la desconfianza ha-

cia los medios oficiales". También señaló que la presencia del Museo Tamayo viene a cubrir "un flanco descuidado" por las instituciones oficiales, al ofrecer una muestra importante de pintura internacional contemporánea, "sin que esto implique una crítica a las instituciones oficiales".

## Dos internacionalismos

Jorge Hernández Campos

En 1921, con José Vasconcelos, el gobierno de la Revolución Mexicana inaugura un proyecto de nación a construir por medio de la cultura. Y pone en marcha, entre otras cosas, lo que sería el movimiento muralista de México.

En 1921, con el Museo Rufino Tamayo, el gobierno de la Revolución Mexicana da por cerrado su proyecto autónomo de nación a construir por medio de la cultura.

En 1921, el México postrevolucionario promueve un arte de ruptura con el del porfirismo derrotado, un arte para la edificación de un pueblo apenas retornado del campo de batalla.

En 1981, bajo la insignia del Arte con mayúscula, el México postpostrevolucionario, oficinista Tamayo, presenta El Mejor Museo del Mundo, celebra decoroso desposorio con los ricos. Y les entrega el pueblo para que sea educado en el abc del internacionalismo.

El Museo Tamayo, marca, pues, un fin, no un principio. Se suma a los signos que identifican el cierre de una época. Tamayo puede sentirse satisfecho. El muralismo ahora sí ha bajado a la tumba. Y el museo es su lápida.

Tamayo, ex cuarto grande, quiere rescatar al pueblo mexicano del foso de la escuela mexicana, echándole la pértiga del internacionalismo. Un internacionalismo es para él lo contrario de aquella. Y no le falta razón, si pensamos sobre todo en los epígonos, en quienes convirtieron el arte público surgido por los veinte en megáfono del PRI. Del PRI, fundado, en su forma actual, en 1946, año uno de Miguel Alemán —ahora presente en Televisa—, y año uno del país que en 1981 cumple su destino disolviéndose en el gran capital.

Pero hasta donde es posible comprobarlo, Rivera, Siqueiros, Orozco, practicaban —si puede decirse—, en forma natural, y en maneras diversas, un vigoroso internacionalismo. Eran y siguen siendo figuras planetarias, colosales: dése nomás una ojeada a la bibliografía en muchos idiomas crecida en torno de su obra. Y la huella que su acción ha dejado en el México favorecido hoy con la donación de Tamayo. Su obra, qué duda cabe, es ya historia. Pe-

ro es historia. ¿De dónde saca Tamayo que él nos está abriendo puertas para meternos un internacionalismo que sus viejos rivales exportaron? Si algo simboliza el Museo Tamayo es, en todo caso, la lucha de un internacionalismo contra otro internacionalismo. La lucha de un internacionalismo que era implacable, cáustico, con los ricos (se ruega visitar los frescos de Orozco en la Prepa, los de Rivera en la Secretaría de Educación), con otro que es la apoteosis de los *mighty mexicans*. Véanse los nombres de los asistentes a la inauguración de ayer. En los años cuarenta había los 300 y algunos más; en los años ochenta, según parece, hay los tres mil y algunos más.

El internacionalismo de Tamayo es eso: el internacionalismo de Tamayo. Un resumen del itinerario artístico de Tamayo, es decir, un rosario de prestigiosas galerías en prestigiosas capitales, una sucesión de famosos museos a cargo de ilustres directores, una teoría de brillantes salones colmos de distinguidos personajes, y, últimamente, una serie de formidables casas subastadoras de obras de arte. Esto es, el mercado internacional de lo que se pretende obra del espíritu, el foro donde los creos de las transnacionales o los creos de nuestras transnacionalizadas se barrican contra la inflación o se defienden del fisco. Ahí fue por donde el pintor, en la culminación de su carrera, discurrió con aplausos recogiendo los sillares de su mausoleo. Este es el internacionalismo en el que ahora, dentro del nuevo emporio de Chapultepec, se educará a los mexicanos.

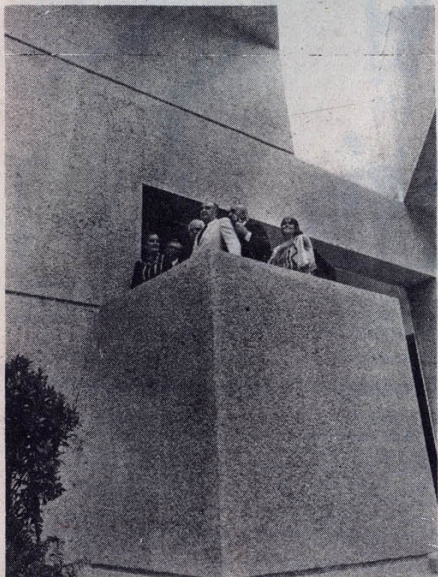
A las pruebas hay que remitirse. En el *countdown* efectuado por Zabludovsky para celebrar la gloria de la institución, que se puso de relieve si no el factor crematístico: que si el museo costó 100 millones, que si el museo costó 120 millones; que si la colección donada al pueblo costó 120 millones, que luego se transformaron en 180, que luego se convirtieron en 220, que finalmente andan por los 300; que si en Nueva York un cuadro de Tamayo se remató en 60 mil dólares más que otro de Rivera. Una incitación a la masa, mediante el canal más popular de TV, para que venga a

admirar la belleza de la billettera, custodiada en *bunker* de lujo por guaruras de la IP. Modelo para la juventud: el artista como emisario de Mamón, el pintor como productor de moneda, el hombre de excepción pesado en oro.

La colección, por otro lado, responde a cierta historiografía del arte que hace de las vanguardias las únicas protagonistas del siglo XX. Pero que ignora la otra historia, como dice el francés Jean Laude, esa que en el mismo periodo, paralelamente a las vanguardias, rehalla los valores culturales nacionales, el gusto de lo bien hecho, la tradición; que se propone, más allá de Cezanne, retomar contacto con el humanismo. A esta historia alternativa pertenecen nuestros tres grandes, como sostiene Jean Clair, organizador de la exposición *Los Humanismos*, acabada de presentar en el Museo Pompidou, en un ensayo que comentaremos. Y donde cito como ejemplo significativo a Diego Rivera, quien, en un momento dado, se desinteresa de las vanguardias parisienses para volver su atención a Giotto y a los maestros del *Quattrocento*.

En la perspectiva del coleccionista Tamayo, por otro lado, se pasa por alto la carga explosiva que en su origen tuvieron las vanguardias del siglo XX, su ímpetu revolucionario, su contenido ético, su rigor moral. Y sólo queda lo pictórico en sí, que era el fin de un proceso intelectual, y que es lo que resta al cabo de décadas de purificación mercantil. ¿Cómo hubieran reaccionado los patronos del Museo Tamayo ante las vanguardias en, digamos, 1919? De cómo hubieran reaccionado ante el muralismo naciente entre 1921 y 1924, lo sabemos: igual que hoy.

Aunque sólo sea por estas razones, el Museo Tamayo nace viejo. Como vieja y enajenada es, en el fondo, la semipolítica cultural del sistema (no obstante esfuerzos denodados de algunos funcionarios). Una no política que se manifiesta como gasto suntuario y presencia de grandes nombres (los diez mejores pintores del mundo) ante un vacío de educación y nutrimento popular en materia de altos valores, que evidencia cómo en el poder, en la lana y en la cultura el goce de unos pocos está enmarcado en la penuria de muchos.



El presidente López Portillo escucha las explicaciones de Fernando Gamboa.